

# FR. GERUNDIO.

*Si quis dixerit quod dum flumen sonat, aquam non leuat, anathema sit.*

Si alguno dijere que cuando el río suena agua no lleva, le chapuzo hasta que dé la última boqueda.

CONC. 6. GERUND.

## SEQUENTIA SANCTÆ TRANSACTIONIS SECUNDUM MEMORIALEM.

*Gloria tibi, Domine.*—Eso es, borrego; *gloria tibi, Domine.* ¿Te se figura que estás ayudando á misa?—Señor, como empezaba vd. así á manera de evangelio....—Es verdad; ¿pero has oído tu acaso algun evangelista que se llame *Memorial*?—No señor, pero la *sequencia* parecíame que indi-

caba cosa de misa: y como el otro dia me tiró vd. una vinagera á la cabeza porque tardé en responder (y lo peor es que fué la del agua) por estar entretenido en ver pasar un faccioso del altar mayor para la sacristia, no queria que ahora me tirara vd. acaso la salvadera por otro tanto y por eso respondí luego.—¿Y un faccioso dices que viste pasar? Andate con tiento en esas calificaciones, y mira bien lo que dices, pues aunque no designas persona, el que pasó del altar á la sacristia no pudo ser otro mas que el sacristan.—No señor, no fué el sacristan, que fué un raton.—¡Hombre! ¿y á un raton le llamas faccioso?—Si señor, porque lo mismo son los facciosos que los ratones de iglesia; unos y otros se refugian al altar, y á su sombra hacen los robos y demas diabluras.—Amigo, no puedo negar que tienes la imaginacion mas ratonera que he conocido.—Téngola, gracias á Dios, mi amo.

Y dígame, aunque perdone, ¿Quién es esa señora *secuencia* que anda en todos los evangelios?—¿Qué señora, ni qué calabaza? *Sequentia* significa lo que sigue de un evangelio ya empezado; y asi observarás que cuando se empieza, se dice *Initium sancti evangelii*, esto es, principio del santo evangelio; y cuando es continuacion, decimos *sequentia*, esto es «lo que sigue de él.» Por eso observando la misma regla, y en atencion á qué ya otro dia nos hemos ocupado de la *sancta transacciou*, habiendo de hablar hoy de ella

otra vez, he dicho *Sequentia sanctæ transactionis secundum Memoriam*, «continuación de la santa transacción según el Memorial», de Burdeos ó de los Pirineos, que ambos hablan y se ocupan de ella. La cual por mi parte, si bien estoy persuadido á que se trata de hacerla de algun modo, no puedo creer que sea sobre las bases que en uno y otro periódico se ven consiguadas. ¿A ti qué te parece?—Señor, á mí me parece que cuando el río suena, agua lleva, y que Dios me libre de que empiece el run-run, y el ruge-ruge de una cosa, y que hombre prevenido vale por dos, y que mas vale un *por si acaso* que cien *quien pensára*, y que en la confianza está el peligro, y digan lo que quieran los autores contemporáneos, mas vale pecar por carta de mas que por carta de menos; que la precaucion Dios la amó, y á los descuidados no les favorece la ley; y así tengo para mí que será bueno estar alerta: y nosotros los periodistas debiamos estar avisándonos continuamente unos á otros, y diciéndonos; «centinela, alerta.» Porque no consiste en la transacción, señor, sino en la *secuencia*.

Muy bien me parece, Pelegrín, tu sistema de vigilancia por lo que pueda ocurrir; y esta vigilancia debemos dirigirla principalmente á no dar lugar á que tomen los extranjeros de su cuenta el arreglo de nuestros negocios, porque en ese caso cuando queramos arreglarlos por nosotros mismos ya no podremos. Yo preferiria en tal

caso una composicion acá *inter nos*. Eso del matrimonio.... Te iba a preguntar qué te parecia, pero ya me acuerdo que has manifestado no ser de tu alta aprobacion.—Es que hay otra cosa, señor; que el hijo mayor de D. Carlos, á mas de ser hijo de D. Carlos (que ya oyo era bastante mérito ello en sí) me han dicho que es un Borbon sin *r*; esto es, un *bobon* ó medio lelo, medio pasmado, ó pasmado entero, una cosa así.—Esa dificultad está zanjada; y teniendo presente los casamenteros esa consideracion, y la mucha diferencia de su edad á la de nuestra Reina, parece que trataban de que el enlace fuese con el segundo.—Y del primero ¿qué piensan hacer, señor?—Al primogénito se piensa meterle por de desecho en la iglesia y hacerle cardenal.—¿De un golpe, señor? Es lo que deben hacer, y á su padre hacerle otro cardenal de otro golpe.

Es que no lo tomes á broma, Tirabeque, que ese es el pensamiento: puesto que su cabeza no ha salido á propósito para la corona real, se trata de ponerle el bonete colorado.—Señor, yo tambien le digo á vd. fuera de broma que me a'legaría verle vestido de cardenal.—¿No te parece que le estarian bien el capelo y la birreta?—Grandemente, señor; yo no le conozco, pero debería estar buen mozo el cardenal Borbon sin *r*.—Pues verás ahora la *secuencia*, como tu dices, del matrimonio.

Hecho el enlace, como que todo habia de ser

después á partir, se nombraba una especie de comisión, consejo ó rejencia compuesta de seis sujetos, tres carlistas y tres cristinos; según la base cuarta del proyecto del Memorial de los Pirineos. Estos dice que serian por parte de los carlistas el infante D. Sebastian, el general Eguía y el P. Cirilo; y por parte de los cristinos, el duque de Frias, el conde de Ofalia, y el duque de la Victoria. Este me parece á mí un pensamiento feliz para concluir luego y de una vez la guerra, y ver qué partido quedaba definitivamente vencedor. ¿Qué te parece, Pelegrín?—Señor, á mí no me parece muy apropiado que digamos.—Es porque tu ojo político no alcanza á los futuros contingentes. Verás qué sencillo, hombre, verás. Verás que *secuencia* tan favorable y tan satisfactoria para nosotros.

Como que desde luego empezarian á chocarse intereses irreconciliables de partidos, habria necesariamente divergencia en los acuerdos; á la divergencia seguirian las disputas; á las disputas se seguiria el acaloramiento; al acaloramiento la ofensa personal; á la ofensa personal el reto ó desafío, y tendrias renovado entre los seis representantes de los dos partidos el combate de los tres Horacios y los tres Curucios, que puso término á la famosa guerra entre Albanos y Romanos, que de otro modo hubiera sido eterna como lleva trazas de ser la nuestra.

Llegado este caso, vestiria el duque de Fria

su uniforme de coracero, aquel con que se presentaba algunas veces á la Reina cuando era ministro interino de la guerra, y empuñando una espada como la que viste sacar á Lombardia en la Pata de Cabra..... en fin, échate tu á discurrir lo que servirían para él un fraile, que nunca maneja el acero, un general sin manos, y un príncipe. ... bah, el príncipe seria el que le diera algo que hacer, pero cuéntale tambien con los muertos. Tiraleque, este plan de transaccion debe ser de cabezas de muelo meollo! Tu no habrias calculado estas *secuencias* de la santa transaccion!—Señor, la verdad, parecíame que todo eso era una pura broma.—Te lo parecerá á tí, porque no eres diplomático.

Y dígame vd. señor, ¿no hay otra transaccion que llaman *sin menoscabo*?—Esa es la que ha dado el vulgo en la aprehension de creer que realmente se está tratando entre nuestros generales y los generales carlistas. Lllaman *sin menoscabo*, porque suponen que se hará *sin menoscabo de la dinastía y de las instituciones*, la cual podria consistir en cesion de fueros, reconocimiento de grados en los gefes enemigos y otras cosas asi. Pero ¿crees tu, simplote, crees tu que ni nuestros generales, ni menos el duque de la Victoria, teniendo como tienen en su mano vencer gloriosamente á los enemigos, y darnos una paz duradera y estable, crees tu, pobre hombre, que habian de pasar por la humillacion y el bochorno de

decir: no podemos mas, pueden tanto como nosotros? ¿Te puedes tu persuadir, ignorante y mentecato que eres, que el conde de Luchana, duque de la Victoria, Grande de España de primera clase &c. &c. &c. &c. habia de firmar una transaccion con D. Rafael Maroto? ¿Puedes tú concebir, lego incapaz.....—Señor, yo el lego incapaz y simplote, y mentecato, y pobre hombre, y tonto, y lo que vd. quiera, no concibo mas sino que *se está quieto y calla*, y que si no hay nada de lo que se ruge, debiera sacar á la nacion del cuidado y la alarma en que la tiene el rúm-rún, que ni él ni nosotros ganamos nada con eso. No, ese silencio no me gusta.\*

¡Aprensiones de un lego que no entiende ni de guerra, ni de diplomacia! Como si no supiera el ilustre Duque por qué calla y por qué se está quieto! Yo apuesto una oreja á que está aguardando la suya para dar *el golpe*.



## Taberneros y condes.

---

Por sus prendas al hombre estimemos,  
no tan solo por conde ó marqués.

Y sinó, ejemplo al canto. En la capillada 161 insertó mi Paternidad una carta en dialecto gallego, en que entre otras cosas achacaba el caratista á los taberneros de la Coruña, *Barreiro y el Asturiano*, falta de legalidad en la medicion del vino, ó lo que es lo mismo, defraudacion en la medida. En el congreso de diputados acusó solemnemente el general Seoane *al conde de Toreno* de defraudador y dilapidador de los caudales públicos. A primera vista parece que nada tiene que ver la carta de *Mingos Mariño* con la acusacion del *general Seoane*, ni *el asturiano tabernero* con *el asturiano conde*. Pero á segunda vista tendrá mucho.

*El asturiano tabernero*, y lo mismo su com-  
 profesor Barreiro, tan luego como llegó á su no-  
 ticia la imputacion que se les hacia en dicha  
 carta, herida vivamente su susceptibilidad taber-  
 nacularia, se han dirigido á mi Paternidad como  
 ciudadanos pundonorosos, manifestando lo infun-  
 dadamente que el acusador Mingos ha tratado de  
 vulnerar su reputacion y la buena fama de sus  
 acreditados establecimientos, puesto que ahora  
 y siempre los han dirigido y administrada con  
 la mas pura legalidad, correspondiendo digna-  
 mente á la confianza de sus comitentes ó parro-  
 quianos, con quienes lo acreditarán en forma, si  
 necesario fuere.

*El asturiano conde* ha oido la acusacion del  
 diputado Seoane con la impasibilidad de quien ó  
 no la conoció nunca, ó se pasó la mano por la  
 cara, y la perdió para nunca mas morir: y no ha  
 resollado, ni chistado, abierto la boca, ni toma-  
 do la pluma para vindicarse de la imputacion.

El tabernero no es conde, el conde no es  
 tabernero. Pero el conde esconde la cara: el ta-  
 bernero no la esconde. El tabernero quiere acre-  
 ditar que no es defraudador: al conde no le im-  
 porta pasar por defraudador. El tabernero ha  
 obrado como un conde: el conde se paria como  
 un tabernero. Sin embargo, del pundonoroso ta-  
 bernero asturiano nadie se acordará en Asturias:  
 al conde asturiano le han dado ya en primer es-  
 erutinio cuatro mil votos para diputado por As-

turías. El tabernero asturiano egerce honradamente su oficio en la Coruña, y vive con economía: el conde asturiano se pasea por París, y triunfa y gasta con escandalosa esplendidez. Pero el conde volverá á España; se sentará en el congreso de España: dará leyes á España; impondrá contribuciones á los taberneros de España, las pagarán los taberneros de España, y el conde se volverá á gastarlas fuera de España; y á estos los llaman Grandes de España; y dirán que los diputados son la prez de la España. Ellos hacen bien en burlarse de la España.

Vicc-versas de España: haber huido la delicadeza de los soberbios palacios de algunos próceres, y encontrarse cobijada en las humildes tiendas de los taberneros! Entre Barreiro y Torreno, para el hombre honrado, no es difícil la eleccion.

Por sus prendas al hombre estimemos,  
no tan solo por conde ó marqués.



## D. Juan Tontinez.

---

Cada uno de los hombres tiene la suya, y D. Juan Tontinez tenia la de ser diputado. Hablo de inclinaciones. En tal grado le dominaba, que yo Fr. Gerundio, anti-fatalista como soy, cada vez que veia al amigo Tontinez, casi creia en el sistema de las inclinaciones irresistibles. Algunas veces se me ha figurado divisar impresa en su frente la fuerza del sino; y á la manera que es aprensión general de los muchachos que en el dorso de los grillos, y en la corteza que forma el lustre de sus alas se ve una *R*, que dicen significar que es el *Rey* de las sabandijas; así á mi Fr. Gerundio me ha parecido divisar en el ángulo facial de D. Juan Tontinez una *D* formada por las venas salientes, la cual debe significar que está en la sangre de sus venas la pasión de

ser *Diputado*. Observacion que apostaré á que nó se encuentra en las craneoscopias de Gall ni en el Ensayo de la Fisiognomía de Lavater.

Nunca habia sido diputado y ahora adoptó por lema de su plan de campaña electoral el principio de: A TODA COSTA; el cual le infundia tanta confianza, como pudo infundir al emperador Constantino el IN HÖC SIGNO VINCES con que Dios le aseguró el éxito de las batallas. Y así como el primer emperador cristiano hizo inscribir en todas las banderas de su ejército el signo del Lábarum, así D. Juan Tontinez consignaba en todas sus misivas á los amigos el lema de *á toda costa*. Su primer pensamiento fue inventar una alegoría por el estilo de los *emblemata de Alciato* ó de las *empresas políticas de Saavedra* con ánimo de hacer abrir una lámina en la fábrica de grabados de la calle de Majaderitos, ó bien en la de Gangoiti en la calle de Atocha (esto decia que le era igual) para adoptarlo por timbre en el papel de cartas. Pero le retrajo el coste de la obra, y se limitó á subrayar en las epístolas y á poner en letra mas abultada el *á toda costa* de su empresa política, para llamar la atención hácia el pensamiento dominante. Allí estaba el *énfasis* que dicen los retóricos.

Por supuesto que fué de los primeros á dar su *alocucion á los electores*, en que se mostraba candidato, y se comprometía espontáneamente á hacer la felicidad *del pais*. Mandó tirar unos seis

batallones de ejemplares, es decir, unos seis mil; que deducidas las bajas de hospitales, esto es, los pliegos quebrados y los que le echaron á perder los prensistas, quedaba una fuerza efectiva de cinco mil ochocientos y pico de proclamas, sin contar la caballería, como dice el amante sorprendido de la comedia de *Las citas*. Todas las circuló en tres correos, y escusado es decir que no se le pasaria enviar un par de ejemplares á Fray Gerundio para que tubiera la bondad de recomendarla al público. El importe de impresion no dejó de levantarle roncha, pero como él decia, «estas cosas no se hacen sin sacrificios; y sobre todo para coger es menester sembrar.» Tanto sembraba que ya la casa se iba quedando sin un grano, y mientras los electores comian y bebían á cuenta de la candidatura de D. Juan Tontinez, la familia de D. Juan Tontinez, que ya en tiempos normales no lo pasaba con mucho desahogo, iba estrechando tanto las distancias, que si durára mucho la lucha electoral, me temo que sucumbiera de estenuacion. Fieles intérpretes del *á toda costa* los agentes electorales de D. Juan Tontinez, le iban dejando sin quilo con mucha destreza y suavidad.

Quiso Dios que dieran principio las votaciones y que mi D. Juan empezára á coger cada correo el fruto de sus desembolsos, y la cosecha de su sembradura. Recibia la correspondencia, la abria, y tomando la pluma, iba sumando los sufragios que

había tenido en cada colegio; los comparaba con los de cada candidato, sumaba, restaba, multiplicaba, y dividía; y en esta aritmética electoral se le pasaban las horas muertas. Si entraba alguno y le preguntaba, «¿cómo va, Sr D. Juan?» respondía; «no vamos mal; en este colegio tengo doscientos quince; en este noventa y ocho; de este otro no hay noticia mas que de la votacion del primer día; pero tube diez y nueve. Coteje vd. ahora los que ha tenido este otro candidato, que es el que mas...—Pero si ahora no le preguntaba á vd. por el resultado de las votaciones, señor D. Juan, sino por el estado de su salud.—Há, estoy para servir á vd. La desconfianza la tengo en estos dos distritos; aqui han trabajado mucho los contrarios.—¿Y la señora cómo está?—Está buena. Yo acabo ahora de hacer mi primer escrutinio; si quiere vd. entretenerse en hacer el suyo....—¿Pero de qué, don Juan? ¿Me habla vd. de la señora?—No, hombre, no; de los votos de estos primeros días: á ver si acaso me he equivocado yo.—¿Cómo es posible que vd. se haya equivocado? Vaya, ya le dejo á vd. en su ocupacion. A Dios, señor D. Juan.

Volvia mi D. Juan Tontinez á su tarea con tanto entusiasmo y tanto ufan, que para él no habia horas de comer ni de dormir; era un camaleon electoral que se alimentaba de votos. Cada correo le producía á él quinientas ó seiscientas operaciones matemáticas; formaba sus estados generales y parciales, en cuyas casillas incluía con toda especi-

ficacion, 1.<sup>a</sup> colegios, 2.<sup>a</sup> candidatos; ésta dividida en dos, para moderados y progresistas: 5.<sup>a</sup> electores que tomaron parte: 4.<sup>a</sup> número de sufragios: 5.<sup>a</sup> día primero. 6.<sup>a</sup> día segundo, y así hasta la casilla 9.<sup>a</sup>: 10.<sup>a</sup> total de cada uno. No cabiéndole el estado en un pliego sencillo, pegaba otro con obieas y continuaba su operacion. En esto solia preguntarle su señora: «Juan, ¿qué hora tenemos?—Tres mil y veinte, respondia él; pero aun faltan.» Te pregunto por la hora, hombre.—Há, la hora; la hora no la sé: se me olvidó dar cuerda.

Ultimamente hizo su resumen general de votos, del cual resultó haber reunido tres mil quinientos doce, la mitad mas dos del total de electores de la provincia que habian tomado parte en la votacion. De consiguiente segun las noticias contestes de todos sus corresponsales, D. Juan Ton-tinez era definitivamente diputado. Un terrible puñetazo que un movimiento natural de alegría le hizo sacudir sobre la mesa de sus operaciones, acompañado de un agudo grito que resonó por todos los ángulos y techos de la casa, alarmó á la familia que acudió presurosa y asustada con el temor de alguna novedad. «Esposa!... hijos míos!... tres mil quinientos doce!... ya sois felices! La mitad mas dos.» Y abrazando alternativamente á unos y otros, «tres mil quinientos doce!» repetia.

Los niños, incapaces todavia de penetrar la causa de tan inusitadas demostraciones, miraban de

hito en hito á su papá, y la sorpresa de la inocencia se veía pintada en sus tiernos semblantes. La esposa sospechó y aun preguntó si era que le habiau caído tres mil quinientos doce duros á la lotería. Entonces D. Juan, nuevamente arrebatado de gozo electoral, «¡ah! no, la dijo, volviendo á estrecharla entre sus brazos, tres mil quinientos doce votos! la mitad mas dos, esposa mía! Ya soy diputado: ya recogí el fruto de mis sacrificios; haré que me nombren de la comisión de contestacion al discurso del trono; compondré yo otro discurso sobre los males que afligen á esta desgraciada patria, sobre la marcha errada de todos los ministerios, le estudiaré, tronaré con fuego patrio..., me harán ministro, esposa mía, me harán ministro..., mira si eres feliz!» Y se empeñaba en que habia de dar un baile en la casa en celebridad de los tres mil quinientos doce; pero la familia que no habia comido aquel día á causa de los sacrificios electorales del favorecido, rechazó con famélico caracter la extemporánea proposición.

Apresuróse el bueno de D. Juan Tontinez á comunicar á sus amigos el resultado de la votación, y á recibir las consiguientes felicitaciones: «Que sea enhorabuena, Sr. D. Juan, le decian; y ojalá demos á vd. otra pronto; porque de ahí al ministerio.—Es la carrera, decía el; pero antes es menester darse á conocer en las Córtes.—¿Y qué familia tiene vd. ahora, Sr. D. Juan?—La

mitad mas dos de los de la provincia.— ¡La mitad mas dos de los de la provincia! — Justo: tres mil quinientos doce.— ¿Vd. está loco, Sr. Don Juan? ¿Tres mil quinientos doce hijos tiene vd.? — Ah, no, hijos no; votos; creí que me preguntaba vd. por sufragios.

Loco por demas y fuera de juicio andaba estos días D. Juan Tontinez, como el hermano lector puede muy bien suponer, sin pensar mas que en su mitad mas dos, en la elaboracion de su primer discurso y en su futuro y probable ministerio. Empezando estaba ayer á trabajar aquel sobre las bases generales de toda contestacion al discurso de la corona, cuando llegó un proprio con la carta siguiente:

«Mi amigo D. Juan: hoy 5 se ha verificado en esta el escrutinio general de primeras elecciones en la Diputacion provincial, siendo el resultado que de los tres mil quinientos doce votos que habia vd. reunido, se han perdido tres por equivocacion de apellido en las papeletas, pues en una le habian puesto á vd. don Juan *Tontilla*, en otra D. Juan *Tontin*, y en otra D. Juan *Tanto*. Mi sentimiento es que habiendo reunido su adversario y competidor de vd. D. N. A. tres mil quinientos once, la mitad mas uno, ha quedado de último diputado, y no hay necesidad de segundo escrutinio. Se lo participa á vd. por proprio despachado al efecto para dar á vd. la última prueba de mi actividad. Soy de vd. &c.

Figúrense vds. qué trago para D. Juan Ton-  
tinez. Su primer impulso fue atentar á su exis-  
tencia, pero felizmente se pudo evitar. Ahora  
se ha apoderado de él una melancolía que hace  
temer por su vida; y no se le oye mas esclama-  
cion que «¡ay mis sacrificios!»

Este es un cuento que no tiene de cuento mas  
que el nombre del protagonista.

~~.....~~